

La formación del hospital militar

En febrero de 1814, luego de asumir el mando del Ejército del Norte en Tucumán, San Martín reclamaba al Director Supremo fondos para reorganizarlo.

En su oficio, subrayó el lamentable estado en el que había encontrado a aquellas fuerzas, describiendo su hospital: “[...] sin medicinas, sin cajas de instrumentos, sin útiles para el servicio, sin colchones, almohadas, sábanas, ni cubiertas de ninguna clase. Unos hombres tirados en el suelo, que después de haberse sacrificado en una campaña desastrosa, añaden a la aflicción de sus males el desconsuelo de no poder ser atendidos del modo que reclaman la humanidad y sus propios méritos”.

El fragmento exhibe la importancia que San Martín le atribuía a las condiciones en las que en las oficiales y soldados se preparaban para enfrentar el combate, tanto como su concepción de un ejército profesional que debía tener soldados bien pagados, vestidos y alimentados, bien provistos de armas, municiones y medicinas.

También permite entender los esfuerzos de San Martín para organizar el Hospital Militar. En setiembre de 1815, ante la posibilidad de atacar a los realistas en el verano, solicitó al Director Supremo un botiquín completo con medicinas y aparatos quirúrgicos que pudieran trasladarse durante una campaña ya que, sostenía: “Aquí, no tenemos ni una sola hila”.

Por entonces, en Mendoza, sólo existía el hospital de San Antonio, administrado por los frailes betlemitas, una orden hospitalaria establecida en Mendoza 1763.

En noviembre de aquel año, San Martín decidió establecer el Hospital Militar en el edificio del betlemita, porque éste no resultaba suficiente para “asistir la multitud de enfermos, que la acuden”, y pidió al cabildo 20 catres, 30 colchones y almohadas rellenas con lana, o, al menos, con paja.

En enero de 1816, el nuevo hospital estaba casi listo, pero todavía faltaban medicinas, por lo que el vecino Ángel Correas debió entregarle al cirujano del ejército las que tenía en su tienda.

Médicos, cirujanos y ayudantes

Aunque no había muchos médicos en el Río de la Plata, San Martín encontró en Mendoza al doctor **Juan Isidro Zapata**, quien había emigrado de Chile después de la derrota de Rancagua. Zapata se convirtió en su médico particular y en cirujano del ejército.

Era un mulato peruano que había ejercido la profesión en Chile desde fines del siglo XVIII, y que, en 1811, había sido nombrado cirujano de un batallón de Granaderos. En la época era considerado un “práctico”, ya que tenía más oficio que conocimientos teóricos.

En setiembre de 1816, **James Paroissien** fue nombrado cirujano mayor del ejército, y Zapata se transformó en su segundo. Su trayectoria es exótica, ya que llegó al Río de la Plata en 1807 como parte de la expedición inglesa que invadió Buenos Aires y, terminó sumándose a los revolucionarios y obteniendo carta de ciudadanía en las Provincias Unidas.

El cuerpo fue completado con otros personajes que, aunque menos conocidos, resultaron importantes. Probablemente tenían estudios y experiencia suficiente para desempeñarse como ayudantes de los cirujanos o practicantes.

Los cirujanos también contaron con la ayuda de 4 frailes betlemitas: Antonio de San Alberto, Toribio Luque, Agustín de la Torre y José María de Jesús, experimentado en el cuidado y la atención de enfermos. En enero de 1817, el cuerpo médico de los hospitales militares de campaña estaba integrado por 47 miembros.

Los hospitales del ejército con sus botiquines acompañaron a las divisiones que marcharon por los caminos de Uspallata y Los Patos. El ayudante de cirujano don José Manuel Molina y fray José Toribio Luque dirigieron el hospital móvil de la división que comandaba Las Heras.

El cirujano Mayor James Paroissien y el cirujano de 1º clase Juan Isidro Zapara y su ayudante, estuvieron al frente del hospital móvil que cruzó la cordillera por el camino de los Patos. Este hospital móvil marchaba un poco más adelante del Estado Mayor y, llevaba carpas para atender a los enfermos.

Largas marchas por caminos difíciles bajo el sol del día, alguna caída o tropiezos de los soldados que alternaban las cabalgatas en mula con las caminatas; el apunamiento, o ‘soroche’, provocado por el efecto de la altura sobre el organismo que se combatía de manera tradicional con cebolla y ajo; el intenso frío de las noches; debieron fatigar a la tropa y producirle diversos malestares, aunque no se registraron grandes inconvenientes.

La atención de miles de soldados avanzando por los caminos de la cordillera fue difícil. Los enfermos que no pudieron seguir las marchas fueron dejados en el camino para ser atendidos por los cirujanos o trasladados a la ciudad por algunos de los 1.200 milicianos que seguían al ejército.

El 24 de enero, O’Higgins emprendió la marcha hacia la Ciénaga de Yalguaraz dejando dos cabos y dos soldados enfermos al cuidado del maestro de posta en el caserío de las Cuevas. No era

demasiado lo que podía hacerse para enfrentar las condiciones ambientales. El 31 de enero, después de un día de “marcha penosa”, O’Higgins describía sus efectos:

“Entrada la noche me vi en riesgo de que la tropa por el frío intensísimo que experimentamos en el día de ayer sufriese algún contraste sensible e importante. Pero por haberla reforzado con un poco de vino, logré no haber tenido más pérdida que la de un negrito que ya venía bastante enfermo”.

El 1 de febrero, O’Higgins tuvo que reemplazar a su Ayudante de campo porque había caído enfermo y, al día siguiente, se encontró a un soldado del Nº 7 muerto en su cama sin causa conocida. Los primeros encuentros con el enemigo complicaron la situación para el cuerpo médico en el camino de Uspallata. El 25 de enero una partida del ejército enfrentó a una avanzada realista pasando el Río de las Vacas, dejando un saldo de 13 heridos patriotas.

A pesar de los esfuerzos del cirujano Molina y, de los remedios de su botiquín, cuando el 28 de enero Las Heras continuó su marcha desde Uspallata con el grueso de las tropas, dejó 16 ó 17 enfermos, 10 de ellos heridos y 5 en grave estado.

El 10 de febrero, las milicias llegaron por el camino de Uspallata a la ciudad con 19 enfermos, 10 de ellos fueron heridos en la toma de la Guardia Vieja del 4 febrero, para Luzuriaga el número era muy escaso, y mostraba que la Providencia velaba sobre el Ejército de los Andes.